



DIRECTORIO ***PARA LA CATEQUESIS***

Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización
Extraído por la Delegación de Catequesis de la Diócesis de Alcalá

La formación de los catequistas

1. Naturaleza y finalidad de la formación de los catequistas

130. A lo largo de los siglos, la Iglesia nunca ha dejado de dar prioridad a la formación de catequistas. Al comienzo del cristianismo, la formación, que se realizaba de manera experiencial, giraba en torno al encuentro vital con Jesucristo anunciado con autenticidad y testimoniado con la vida. El carácter testimonial se convirtió en el rasgo distintivo de todo el proceso de formación, que consistía en introducir progresivamente en el misterio de la fe de la Iglesia. Sobre todo en un período como el actual, es importante considerar seriamente la rapidez de los cambios sociales y la pluralidad cultural con los desafíos que de ellos derivan. Todo ello manifiesta que la formación de los catequistas requiere una atención especial porque la calidad de las propuestas pastorales está estrechamente ligada a las personas que las ponen en práctica. Ante la complejidad y las exigencias de los tiempos en que vivimos, es deber de las Iglesias particulares dedicar energías y recursos adecuados a la formación de los catequistas.

131. La *formación* es un proceso permanente que, bajo la guía del Espíritu y en el seno vivo de la comunidad cristiana, ayuda al bautizado a *tomar forma*, es decir a desvelar su identidad más profunda que es la de ser hijo de Dios en íntima comunión con los demás hermanos. La acción formativa actúa a modo de *transformación* de la persona, que interioriza existencialmente el mensaje evangélico, para que este se convierta en luz y en orientación de su vida y de su misión eclesial. Se trata de un proceso que al tener lugar en lo más íntimo del catequista, incide profundamente en su libertad y no puede reducirse únicamente a la instrucción, a la exhortación moral o a la actualización de técnicas pastorales. La formación, que se apoya también de las capacidades humanas, es ante todo una sabia tarea de apertura al Espíritu de Dios que,



a través de la disponibilidad de los sujetos y de la preocupación materna de la comunidad, *conforma* a los bautizados con Jesucristo, modelando en sus corazones su rostro de Hijo (cf. *Gál* 4, 19), enviado por el Padre para anunciar el mensaje de salvación a los pobres (cf. *Lc* 4, 18).

132. Ante todo, la formación tiene como finalidad hacer que los catequistas tomen conciencia, como bautizados, para ser verdaderos *discípulos misioneros*, es decir, sujetos activos de la evangelización. Esto les permite sentirse capacitados por la Iglesia para *comunicar* el Evangelio y para *acompañar y educar* en la fe. La formación de los catequistas, por tanto, ayuda a desarrollar las competencias necesarias para comunicar la fe y acompañar el crecimiento de los hermanos. La finalidad cristocéntrica de la catequesis configura toda la formación de los catequistas y les prepara para animar un itinerario catequístico de tal manera que quede resaltada la centralidad de Jesucristo en la historia de la salvación.

2. La comunidad cristiana, lugar privilegiado de la formación

133. «La comunidad cristiana es el origen, lugar y meta de la catequesis. De la comunidad cristiana nace siempre el anuncio del Evangelio, invitando a los hombres y mujeres a convertirse y a seguir a Jesucristo. Y es esa misma comunidad la que acoge a los que desean conocer al Señor y adentrarse en una vida nueva» (DGC, n. 254). La comunidad es el seno materno en el que nace y crece la vocación específica para el servicio de la catequesis. Es una comunidad real, rica en dones y oportunidades, pero no exenta de límites y debilidades. Es en ella donde se hace experiencia de la misericordia de Dios y donde uno se ejercita en la acogida y en el perdón mutuos. La comunidad que experimenta el poder de la fe y sabe cómo vivir y dar testimonio del amor, anuncia y educa de manera completamente natural. El lugar por excelencia para la formación del catequista es, por tanto, la comunidad cristiana, que en la variedad de sus carismas y ministerios, es el ambiente ordinario en el que se aprende y se vive la vida de la fe.



134. Dentro de la comunidad, *el grupo de catequistas* tiene un papel particular. En él, junto con los presbíteros, se comparte tanto el caminar en la fe como la experiencia pastoral, se madura la identidad del propio catequista y se conoce e implica uno más en el proyecto de evangelización. La escucha de las necesidades de las personas, el discernimiento pastoral, la preparación concreta, la realización y la evaluación de los itinerarios de fe constituyen los momentos de un laboratorio formativo permanente para cada uno de los catequistas. El grupo de catequistas es el contexto real en el que cada uno puede ser evangelizado continuamente y permanece abierto a nuevas propuestas formativas.

3. Criterios para la formación

135. En la formación de los catequistas es preciso tener en cuenta ciertos criterios que sirvan de referencia para el posterior desarrollo de proyectos formativos. Dado que es necesario formar catequistas para la evangelización en el mundo actual, será necesario armonizar con sabiduría la debida atención a las personas y a las verdades de la fe, al crecimiento personal y a la dimensión comunitaria, a los dinamismos espirituales y a la preocupación por el bien común. De manera más explícita nos detenemos en algunos de ellos:

- a. *Espiritualidad misionera y evangelizadora.* Durante todo el proceso de formación es vital que se insista en la centralidad de la experiencia espiritual en perspectiva misionera. Para evitar el riesgo de caer en un afán pastoral estéril, el catequista debe ser formado como discípulo misionero, dispuesto a comenzar siempre de nuevo a partir de su propia experiencia de Dios, que es quien lo envía al encuentro de sus hermanos en el camino de la vida. Esta espiritualidad misionera, entendida como un encuentro con los demás, un compromiso con el mundo y una pasión por la evangelización, alimenta la vida del catequista y lo salva del individualismo, del intimismo, de la crisis de identidad y de perder la ilusión en la acción.
- b. *Catequesis como formación integral.* Se trata de «formar a los catequistas para que puedan impartir no solo una enseñanza sino una formación cristiana integral, desarrollando tareas de “iniciación,



de educación y de enseñanza”. Se necesitan catequistas que sean, a un tiempo, maestros, educadores y testigos»⁸⁰. Por esta razón, la formación de los catequistas se inspira en la experiencia catecumenal que, entre otras cosas, se caracteriza precisamente por esta visión global de la vida cristiana.

- c. *Estilo del acompañamiento.* La Iglesia se siente en el deber de capacitar a sus catequistas en el arte del acompañamiento personal, ofreciéndoles la experiencia de *ser acompañados* para crecer en el discipulado y formándolos y enviándolos a *acompañar* a sus hermanos. Este estilo requiere una humilde disposición para dejarse tocar e interrogar por los acontecimientos de la vida, con una mirada llena de compasión pero también respetuosa con la libertad de los demás. La novedad a la que el catequista está llamado reside en la cercanía, en la acogida incondicional y en la gratuidad con la que se pone a disposición de los otros para caminar a su lado, escucharlos y explicarles las Escrituras (cf. *Lc* 24, 13-35; *Hch* 8, 26-39), sin preestablecer de antemano el camino, sin pretender ver los frutos y sin retenerlos para sí mismo.
- d. *Coherencia entre los estilos de formación.* «Como criterio general hay que decir que debe existir una coherencia entre la pedagogía global de la formación del catequista y la pedagogía propia de un proceso catequético. Al catequista le sería muy difícil improvisar, en su acción catequética, un estilo y una sensibilidad en los que no hubiera sido iniciado durante su formación»⁸¹.
- e. *Perspectiva de la docibilitas⁸² y la autoformación.* Las ciencias de la formación hablan de ciertas actitudes como condición para un itinerario de formación fructífero. En primer lugar, es necesario que el catequista madure la *docibilitas*, es decir, la disposición a dejarse alcanzar por la gracia, por la vida y por las personas con actitud serena y positiva hacia la realidad para *aprender a aprender*. Además,

⁸⁰ DGC, n. 237; véase también CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio catequético general* (11.IV.1971), n. 31.

⁸¹ DGC, n. 237. Cf. EG, n.171: «Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan el modo de proceder».

⁸² Nota del editor: *docibilitas*: facilidad y actitud para aprender, capacidad para dejarse instruir o enseñar.



el empeño por una autoformación es lo que permite al catequista construir un método de formación para sí mismo y para el servicio eclesial encomendado. En definitiva, se trata de entenderse como sujetos en continuo proceso de formación, abiertos a la novedad del Espíritu, saber custodiar y alimentar la propia vida de fe, considerar al grupo de catequistas como lugar o fuente de aprendizaje, y mantener el interés de estar siempre al día.

- f. *Dinámica de laboratorio*⁸³ en el ámbito grupal. Entender la acción formativa de tal manera que la fe *se aprende haciendo*, dando valor a lo vivido, a las aportaciones y a las reformulaciones de cada uno, en vista a un aprendizaje transformador.

4. Las dimensiones de la formación

136. La formación del catequista comprende diferentes dimensiones. La más profunda se refiere al *ser* del catequista, incluso antes de empezar a *ejercer* como tal. La formación, de hecho, le ayuda a madurar como persona, como creyente y como apóstol. Esta dimensión hoy en día es conocida en el sentido de *saber estar con*, lo que pone de relieve cómo la identidad personal es siempre una identidad relacional. Por otra parte, para que el catequista pueda llevar a cabo su tarea adecuadamente, la formación prestará atención a la dimensión del *saber*, lo que implica una doble fidelidad al mensaje y a la persona en el contexto en el que esta vive. Por último, dado que la catequesis es un acto comunicativo y educativo, la formación no descuidará la dimensión del *saber hacer*.

137. Las dimensiones de la formación de los catequistas no deben considerarse independientes entre sí; al contrario, están profundamente relacionadas, como aspectos de la unidad indivisible de la persona. Para que exista un crecimiento armónico de la persona del catequista, la formación debe estar atenta a no acentuar una dimensión en detrimento de otras, más bien buscará un desarrollo equilibrado apoyando con más fuerza los aspectos donde haya mayor necesidad.

⁸³ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso* en la vigilia de oración en Tor Vergata al terminar la XV Jornada Mundial de la Juventud (19.VIII.2000): el proceso de experimentar de forma concreta una maduración del acto de fe como elemento de transformación interior fue presentado por Juan Pablo II como un *laboratorio de la fe*.



138. Por otro lado, el esfuerzo por adquirir estas habilidades no debe llevar a pensar en los catequistas como agentes competentes en diversas áreas, sino principalmente como personas que han experimentado el amor de Dios y que, solo por esta razón, se ponen al servicio del anuncio del Reino. El reconocimiento de los propios límites no debe desanimar al catequista para aceptar la llamada al servicio; al contrario, puede responder a esta llamada apoyándose en una relación viva con el Señor, con el deseo de vivir la vida cristiana en autenticidad, y poniendo generosamente a disposición de la comunidad los «cinco panes y dos peces» (cf. *Mc* 6, 38) de sus carismas personales.

Al mismo tiempo procuramos una mejor formación (...). Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo (EG, n. 121).

Ser y saber estar con: madurez humana, cristiana y conciencia misionera

139. En la dimensión del *ser*, el catequista se forma para convertirse en *testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios*. La formación ayuda al catequista a reconsiderar su propia acción catequística como una oportunidad de crecimiento humano y cristiano. Sobre la base de una madurez humana inicial, el catequista está llamado a crecer constantemente en un equilibrio emocional, en sentido crítico, en unidad y libertad interior y entablando relaciones que sostengan y enriquezcan la fe. «La verdadera formación alimenta, ante todo, la espiritualidad del propio catequista, de modo que su acción brote, en verdad, del testimonio de su vida» (DGC, n. 239). La formación, por lo tanto, refuerza la conciencia misionera del catequista, a través de la interiorización de las exigencias del Reino que Jesús ha manifestado. La tarea formativa de maduración humana, cristiana y misionera requiere un tiempo de acompañamiento porque hay que llegar al corazón que sustenta el hacer de la persona.

140. Es en este nivel de interioridad donde germina el *saber estar con*, en cuanto habilidad natural necesaria para la catequesis entendida como un acto educativo y comunicativo. En la relacionalidad, que es inherente a la esencia misma de la persona (cf. *Gén* 2, 18), es donde hay que situar, de hecho, la comunión eclesial. La formación de los catequistas



se esmera en descubrir y hacer crecer esta capacidad relacional, que se manifiesta en la disposición a vivir las relaciones humanas y eclesiales de manera fraterna y serena⁸⁴.

141. Al insistir tanto en el compromiso de madurez humana y cristiana del catequista, la Iglesia manifiesta su clara voluntad de velar de manera decidida para que, en el desarrollo de su misión, se garantice a toda persona, especialmente a los menores y personas vulnerables, una absoluta protección contra cualquier tipo de abuso.

Para que estos casos, en todas sus formas, no ocurran más, se necesita una continua y profunda conversión de los corazones, acompañada de acciones concretas y eficaces que involucren a todos en la Iglesia, de modo que la santidad personal y el compromiso moral contribuyan a promover la plena credibilidad del anuncio evangélico y la eficacia de la misión de la Iglesia⁸⁵.

142. En razón de su servicio, el catequista desempeña un papel en relación con aquellos a los que acompaña en la fe, y es percibido por ellos como persona de referencia que ejerce una cierta forma de autoridad. Es necesario que esta tarea se viva con el más absoluto respeto a la conciencia y a la persona de los demás para evitar cualquier tipo de abuso, ya sea de poder, de conciencia, económico o sexual. En el transcurso de la formación, en diálogo honesto con el guía espiritual, se ayudará a los catequistas a ejercitarse correctamente en un estilo de vivir su autoridad únicamente como un servicio a los hermanos y hermanas. Además, para no traicionar la confianza de las personas que les han sido encomendadas, deben saber distinguir entre el *foro externo* y el *foro interno* y aprender a tener un gran respeto por la sagrada libertad del otro, sin violarla ni manipularla en modo alguno.

Saber: formación bíblico-teológica, conocimiento del ser humano y del contexto social

143. El catequista es un *maestro* que enseña la fe. Él, que hace del testimonio su primera virtud, no olvida que también es responsable de la

⁸⁴ Sobre este aspecto concreto, véanse los nn. 88-89 (*Introducir en la vida comunitaria*) de este *Directorio*.

⁸⁵ FRANCISCO, carta apostólica *Vos estis lux mundi* (7.V.2019).



transmisión de la fe de la Iglesia. En su formación, por tanto, tiene que haber tiempo de profundización y de estudio del mensaje que debe transmitir teniendo en cuenta el contexto cultural, eclesial y existencial del interlocutor. No se debe subestimar la exigencia de este aspecto de la formación que además está íntimamente relacionado con el deseo de profundizar en el conocimiento de Aquel a quien el catequista en la fe ya ha reconocido como su Señor. La asimilación del contenido de la fe como *sabiduría de la fe* se realiza ante todo familiarizándose con la Sagrada Escritura y el estudio del *Catecismo de la Iglesia Católica*, como con los catecismos de la Iglesia particular y los documentos magisteriales.

144. Por eso el catequista necesita conocer:

- Las grandes etapas de la Historia de la salvación: Antiguo Testamento, Nuevo Testamento e Historia de la Iglesia, a la luz del Misterio pascual de Jesucristo;
- Los núcleos esenciales del mensaje y de la experiencia cristiana: el *Símbolo* de la fe, la *liturgia* y los *sacramentos*, la *vida moral* y la *oración*;
- Los principales elementos del Magisterio de la Iglesia respecto al anuncio del Evangelio y de la catequesis.

Además, en algunas partes del mundo, donde conviven católicos de diferentes tradiciones eclesiales, los catequistas deben tener un conocimiento general de la teología, la liturgia y la disciplina sacramental de sus hermanos. Por último, en los contextos ecuménicos y en los del pluralismo religioso, hay que procurar que los catequistas conozcan los elementos esenciales de la vida y de la teología de las demás Iglesias y comunidades cristianas y de las otras religiones, para que, respetando la identidad de cada una, el diálogo sea auténtico y fecundo.

145. Sin embargo, al presentar el mensaje hay que tener cuidado en la forma de hacerlo para que realmente pueda ser acogido y asumido. Para esto es necesario armonizar:

- a. El *carácter sintético* y *kerigmático*, de modo que los diversos elementos de la fe se presenten de forma unificada y orgánica, con capacidad de interpelar a la experiencia humana;



- b. La *calidad narrativa de los relatos bíblicos*, que «comporta un acercamiento a las Escrituras en la fe y en la Tradición de la Iglesia, de modo que se perciban esas palabras como vivas (...) para que todo fiel reconozca que también su existencia personal pertenece a esta misma historia»⁸⁶;
- c. Un *estilo catequístico de los contenidos teológicos*, que valora las condiciones de vida de las personas;
- d. Un *conocimiento de tipo apologético*, que muestre que la fe no se opone a la razón y que resalte las verdades desde una correcta antropología, iluminada por la razón natural. Se subraya la importancia de los *preambula fidei* para «desarrollar un nuevo discurso sobre la credibilidad, una apologética original que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos»⁸⁷.

146. Además de la fidelidad al mensaje de la fe, el catequista necesita conocer a la persona concreta y el contexto sociocultural en el que vive. Como todos los cristianos, con más razón los catequistas «vivan en muy estrecha unión con los demás hombres de su tiempo y esfuércense por comprender su manera de pensar y de sentir, cuya expresión es la cultura» (GS, n. 62). A este conocimiento se llega por la experiencia y por una reflexión continua sobre ella, pero también gracias a la contribución de las ciencias humanas, iluminadas por los principios de la doctrina social de la Iglesia. Hay que prestar una especial consideración a la psicología, la sociología, la pedagogía, las ciencias de la educación, de la formación y de la comunicación. La Iglesia se siente llamada a confrontarse con estas ciencias por la valiosa contribución que pueden aportar tanto a la formación de los catequistas como a la propia acción catequística. La teología y las ciencias humanas, de hecho, pueden enriquecerse mutuamente.

147. Algunos criterios para orientar el uso de las ciencias humanas en la formación de los catequistas (cf. DGC, n. 243).

⁸⁶ BENEDICTO XVI, exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (30.IX.2010), n. 74.

⁸⁷ EG, n. 132; véase también SÍNODO DE LOS OBISPOS, XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA, *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Lista final de las propuestas* (27.X.2012), n. 17.



- El *respeto de la autonomía de las ciencias*: «la Iglesia afirma la autonomía legítima de la cultura humana, y especialmente la de las ciencias» (GS, n. 59);
- El *discernimiento y la valoración* de las diferentes teorías psicológicas, sociológicas y pedagógicas para saber apreciar su valor y reconocer sus límites;
- Las aportaciones de las ciencias humanas son asumidas *desde la perspectiva de la fe y desde la antropología cristiana*.

Saber hacer: formación pedagógica y metodológica

148. En la dimensión del *saber hacer*, el catequista se forma para crecer como *educador y comunicador*.

El catequista es un educador que facilita la maduración de la fe que el catecúmeno o el catequizando realiza con la ayuda del Espíritu Santo. Lo primero que hay que tener en cuenta en este decisivo aspecto de la formación es respetar la pedagogía original de la fe (DGC, n. 244).

El catequista, reconociendo que su interlocutor es sujeto activo en el que la gracia de Dios actúa dinámicamente, se presentará como un respetuoso facilitador de una experiencia de fe de la que no es protagonista.

149. La formación pedagógica del catequista tiende a que maduren en él ciertas actitudes, entre ellas:

- a. La *libertad interior y la gratuidad, la dedicación y la coherencia* para ser un testigo creíble de la fe;
- b. La *competencia en comunicación y en la narración de la fe* con tal habilidad que la Historia de la Salvación sea presentada de manera atrayente y que la persona se sienta implicada en ella;
- c. La *madurez de una mentalidad educativa*, que implica capacidad de construir relaciones maduras con las personas y habilidad para guiar las dinámicas de grupo, fomentando la interacción de procesos de aprendizaje tanto individuales como comunitarios;
- d. La *gestión serena de las relaciones educativas* ya sea por su calidad afectiva como por su empatía con el mundo interior del otro, haciendo posible la expresión de las emociones;



- e. La *capacidad de programar un itinerario de fe* que consiste en: considerar las circunstancias socioculturales, elaborar un plan de acción realista, utilizar con creatividad los lenguajes, técnicas e instrumentos; y evaluar.

El proceso educativo, que es un espacio valioso de crecimiento y diálogo, en el que también se experimentan errores y limitaciones, requiere paciencia y entrega. Es bueno que madure la disponibilidad para dejarse educar mientras se educa; de hecho, la experiencia misma es un laboratorio de formación en el que el aprendizaje es muy profundo.

150. Como educador, el catequista tendrá también la función de mediar la pertenencia a la comunidad y de vivir el servicio de la catequesis con *un estilo de comunión*. De hecho, el catequista lleva a cabo este proceso educativo no individualmente, sino junto con la comunidad y en su nombre. Por eso trabaja en comunión, buscando llegar a acuerdos en el grupo de catequistas y con otros agentes pastorales. Además, está llamado a cuidar la calidad de las relaciones y animar la dinámica del grupo de catequesis.

